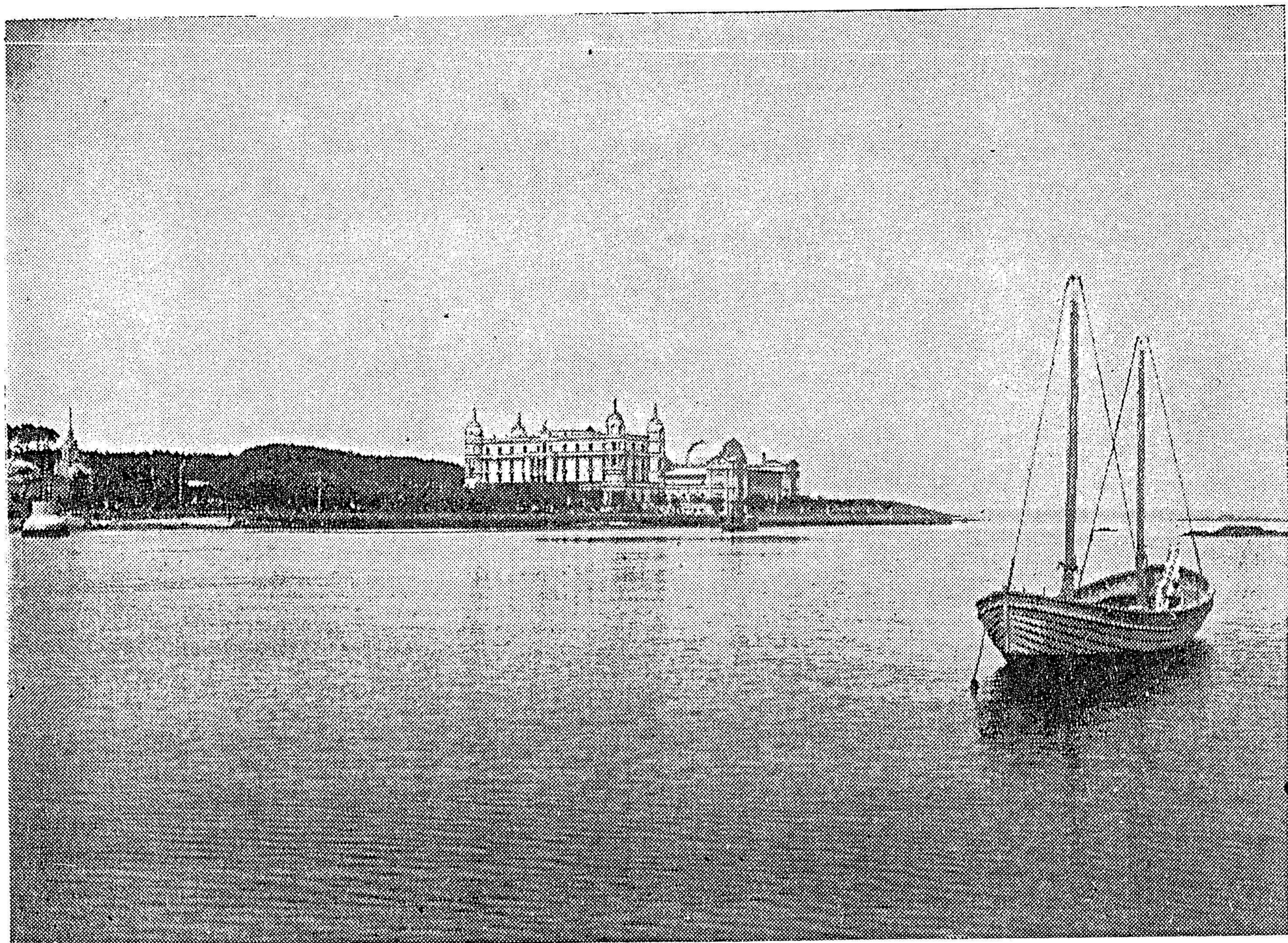


Las industrias gallegas

De unos jabones gallegos de fama

mundial, con otras cosas.



Esta vista del Balneario de La Toja es superior en belleza a la de los tan cantados palacios de la Costa Azul

Fernández Flórez en un aprieto

Estos granos con que se relaciona Fernández Flórez aquí no son los de ese arroz que le han hecho tragar hace poco en Valencia a nuestro admirado paisano con motivo de aquella campaña sostenida por el hombre de la W. No.

Fernández Flórez acababa de escribir su última novela, su último ensayo y su último artículo. De pronto, una confulación de necesidades apremiantes —de a dentro a fuera y de fuera a dentro—le obligan a coger la pluma y hacer otra novela. Hay que emparse bien del ambiente. El ambiente va a ser Madrid. Madrid arde como un horno. No hay escape: las sombras, guateadas de sol son leves espaldas del bochorno, El admirado Wenceslao arde por los cuatro costados y está a punto de explotar como un cohete. En el recuer-

do y sobre el vermut, a cada momento le florece un prado. ¡Galicia! Galicia la de los verdes abanicos de pinares, la de los mil cubos de agua civilizada que se distraza de cielo entre las playas, la del fresco paisaje en cocktail es una lejanía abstracta que enloquece de deseo a nuestro humorista. Pero nuestro humorista no puede salir de Madrid; allí está su novela en parto encadenándole con todas sus consecuencias. El hombre de la W. se resigna y vuelca sobre las cuartillas toda su amargura hecha sonrisa e ironía.

Un viernes por la tarde—para más datos—Wenceslao llega al paroxismo. Se impone ya inapelablemente la playa. Wenceslao tiene el cuello, media cara y manos hechos un racimo en agraz. Fernández Flórez está lleno de granos, querido lector. Y el dilema: o irse a la playa o no hacer la novela.

Un personaje de Pío Baroja

La noche de aquel viernes doloroso llegó al Café donde solíamos hacer tertulia a la sombra de algo descorchado unos cuantos escritores, artistas, políticos, toreros, ladrones y limpiabotas y demás gente importante, un extraño personaje. No lo describiremos.—¿a ustedes que les importa después de todo?—Pero al instante se impuso a todos por méritos de guerra: conversación, gesto y bagaje de conocimientos.

Nos explicó: como para llevar la pechera de la camisa siempre tirante era necesario ponerla sobre el calzoncillo. Como se hacía un reloj con una vela: marcándola en trozos del tamaño de una moneda de diez céntimos y haciéndola arder; cada trozo consumido equivalía a una hora, exactamente. Como se secaba un par de calzado chorreando: con un kilo de salvado caliente. Como se evitaba la dispepsia: acostándose boca abajo sobre una red colgante. Etc., etc.

Había corrido mucho mundo y tenía en el bolsillo todos los secretos de la vida

Fernández Flórez contó su tragedia, mostrando como San Roque su llaga la cara y manos zurcidas de puntitos rojos como un papel de lija gruesa.

—Usted puede concluir su novela sencillamente— afirmó el extraño personaje. He aquí la panacea.

Y extrajo de uno de sus ciento y pico de bolsillos sin fondo, una pastilla de jabón que decía: *Jabón de sales de aguas de La Toja*.

Aquel hombre, que tenía el secreto de todas las cosas, acababa de salvar a Fernández Flórez. Wenceslao se entregó a la entretenida gimnasia de hacer espuma con aquel jabón, y al cabo de quince días estaba su cutis más mondo y lirondo que una bola de billar y la novela ya casi a terminar. De entonces—dicen por ahí los críticos—Fernández Flórez tiene el humorismo a flor de piel.

Y es lo que él dice:

—Desde que me lavo con *Jabón de La Toja* en vez de granos me sale a la cara la frescura del «humor».

Orígenes de la panacea

Aquí en Galicia, lector, existe una esquina, un meigo curruncho que hasta que se vé con los ojos de la cara no se crée en su maravilla. Los ojos allí quedan parpadeantes de encanto. Se comprende. Aladino llegó allí con su lámpara maravillosa y levantó un cuento como para entretener los mil y un insomnios de otras tantas Scherazardas.

¿Sabéis? Se sale de Pontevedra, tomáis bordeando la ría de este nombre una carretera que es un continuo acecho de sorpresas milagreras y al final, cuajado en un panorama de abiertos horizontes, congestionado de verde, de cielo, de agua y de lejanías, hallaréis el cuento maravilloso que con el nombre de Balneario de La Toja os espera para suspenderos de asombro.

La felicidad está allí con sus ingravidos contornos llenándoos la vida.

Y haced sino la prueba: no hay mortal que allí no disfrute por lo menos, de una hora feliz, feliz a pleno pulmón, de todo corazón, con todo el pensamiento.

Pues allí, como en los cuentos, era hace años una islilla áspera, rezumante, sin más importancia que su privilegiada situación topográfica.

Un asno cubierto de lacras fué allí recluso en un tiempo para que terminase sus dolorosos días alejado de los hombres. Y cuando del jumento en cuestión se esperaba solo hallar la osamenta, apareció un buen día con tan buen pelo y salud que fué el pasmo de las gentes que por cerca moraban.

El asno se había revolcado en las charcas que en la isla abundaban y por tan sencillo hecho se revelaba al mundo una maravillosa panacea: las sales de agua de La Toja.

Maravilla sobre maravilla

Las aguas de aquella islita comienzan a obrar milagros como nuevas manos nazarenas. Las aguas de La Toja, abrazan, terapéuticas, todo un diccionario médico—anemias, arteriosclerosis, artritis, clorosis, crisis flácida, escorbuto infantil, escrofulismo, neurastenia, histerismo, corea, linfatismo, obesidad, sífilis, tuberculosis no conjuntiva, adenitis, anginas, bronquitis, catarros vaginales, incontinencia de orina, formuculosis, granulaciones, dermatosis, raquitismo, dispepsias, eczemas, infartos, oftalmía, leucorreas, otorreas, parálisis, reumatismos, tumores blancos, úlceras y etc., etc.

A la Humanidad le ha salido al paso una maravilla para llevarle por los caminos de la vida más aliviada de dolor.

Y aquella maravillosa maravilla que salía de la islita como un nuevo milagro de Moisés, traía más tarde aparejada otra maravilla: el edificio del Balneario.

Ya antes hemos hecho referencia a la lámpara maravillosa de Aladino. Porque no otra cosa parece, sino obra de un sueño el magnífico edificio que allí se levanta.

Vuela allí la piedra hacia el cielo hecha gracia y firmeza y entrando en el ámbito encantado, encontréis encerrada la más refinadísima civilización de las grandes capitales.

Así, esta punta de Galicia que es la isla de la Toja lleva el reloj del confort, de la magnificencia y de la exquisitez por la hora de Madrid, de Londres, de París.

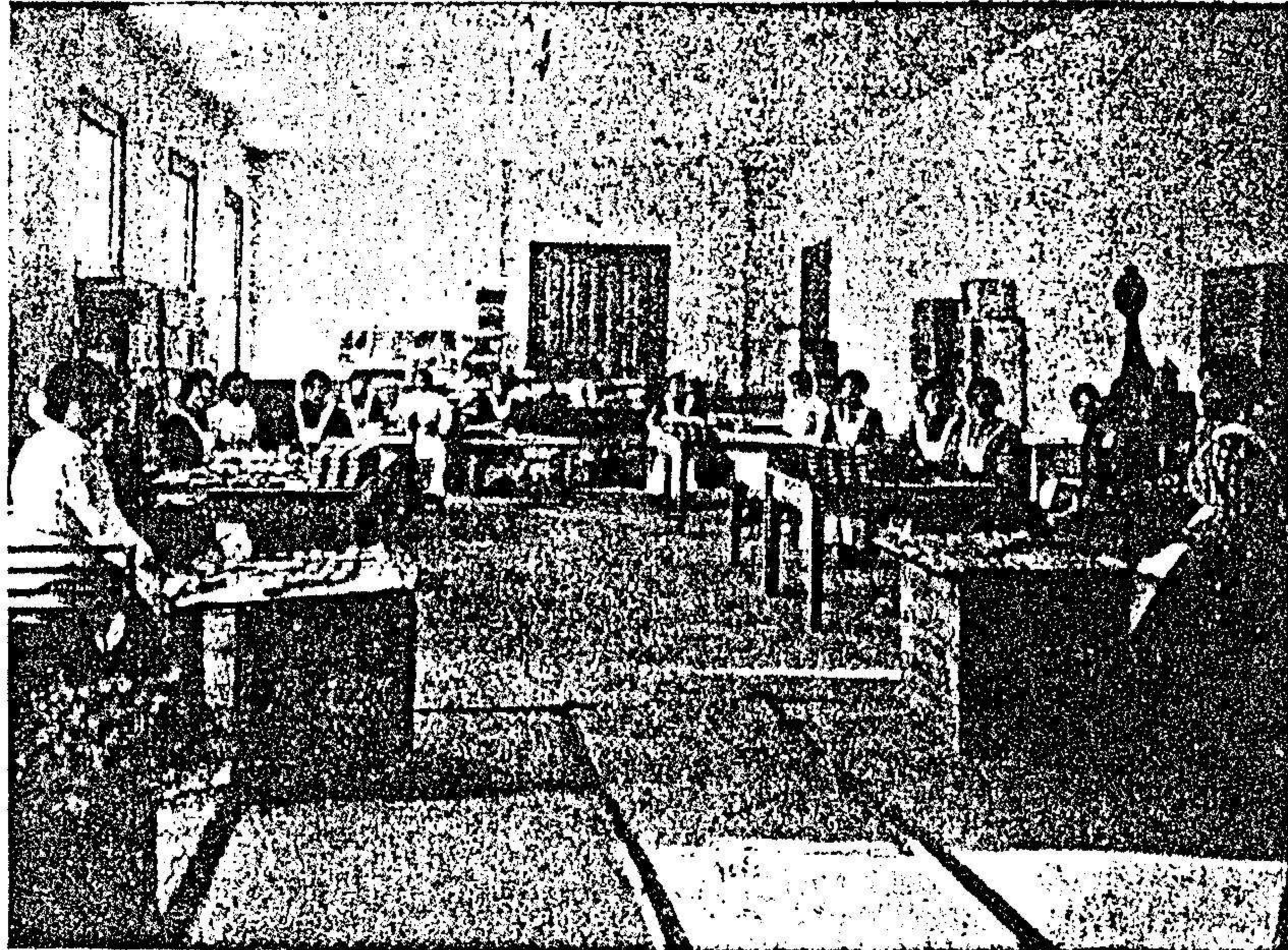
Por eso: aguas de La Toja y Gran Hotel Balneario: maravilla sobre maravilla.

Cómo se hace el jabón

El jabón de sales de La Toja comenzó a fabricarse en 1893 y fué una consecuencia de la fabricación de las sales que se extraen, por evaporación en el vacío, de las aguas minerales. Dichas sales se obtienen para la preparación de baños a domicilio y son las mismas que en proporción de un 4 o/o entran a formar parte en el jabón.

Cuando nos acercamos al pabellón destinado a su fabricación se nota un aroma tan intenso y jubiloso que parece que le levantan a uno en vilo vitales manos que nos lavan de todos los males de la ciudad.

En la fábrica, rufas mozas de la comarca civilizadas con mandiles albos, elaboran, aquellos barros que lue-



Interior de uno de los departamentos de la Fábrica

go saldrán por el mundo a lavar las lacras del género humano.

Allí nos vamos informando.

El jabón, además del 4 o/o de las sales antedichas contiene como materia grasa el aceite de coco Cochin de primera calidad procedente de Malaca y obtenido de cápsulas «sundriet» secadas al sol, con lo que se evita la ranciedad y por tanto la acidez. Una pequeña parte de carbonato potásico y de sosa se emplean como álcali saponificador.



Aquí es donde se envuelven las pastillas del jabón de La Toja

La concentración de diez esencias le dan luego el perfume.

No precisa para su elaboración el empleo de grandes calderas para su saponificación y cocción ni el incrementado de materias de carga, como ocurre con la mayor parte de los jabones de uso. El empleo de una primera materia tan selecta y costosa como el aceite de Cochin neutro, permite hacer la saponificación a la temperatura de fusión del aceite, 32.º, ya que tampoco lleva carga alguna de materias extrañas.

He aquí, pues, un jabón puro, 100 o/o de jabón, que le hace el jabón de tocador por antonomasia. Con estos valores absolutos: antiséptico, detergente y desinfectante, producto de su pureza cabal y única.

El confeccionador nos explica.

Entre los consumidores inteligentes ha caído en desuso toda esa gama de jabones anunciados como antisépticos, por contener en su masa sustancias que lo son en sí, pero que no transmiten esta propiedad al jabón, porque al saponificarse éste, los descompone y transforma en sustancias inertes desde aquel punto de vista. Este es el caso—sigue diciendo nuestro informador—del jabón sublimado que pretende ser antiséptico por el blicoruro mercuríco, que se transforma en mercurioso en el acto de la saponificación.

Por esto, el jabón de LA TOJA, aún sin su contenido de sales—su personalidad acusada e intransferible—sería un excelentísimo jabón de tocador merced a la exquisitez de las primeras materias empleadas en su obtención.

Pero su contenido de sales le comunica ese alto valor medicinal que le hace correlativo, en sus aplicaciones, a las aguas minerales.

Elogios, con cifras del jabón de LA TOJA :- :- :-

El mercado mundial está a esta hora congestionado del jabón que se fabrica en LA TOJA. Es algo tan sustantivo e irremplazable como los vinos de Jerez, las sardinas gallegas, los paños ingleses, el champan fran-

cés, el chic parisien etc. etc., todo lo que tiene una neta personalidad insustituible. Da una idea esto: 10.000 envolturas fueron encargadas, hace 25 años, cuando comenzó a fabricarse el jabón LA TOJA para preparar las primeras partidas. Hoy se fabrican diariamente 18.000 pastillas.

Consumen esta producción los mercados nacional y argentino, en primer término. La Argentina se llevó este último año más de millón y medio de pastillas.

Cuba, Estados Unidos, Méjico, Portugal, Inglaterra, etc., etc., arrastran a diario una cantidad enorme.

Algunas propiedades

Aparte de su empleo como jabón de tocador, el jabón de LA TOJA se aplica medicinalmente para el baño de los niños, para el lavado de la cabeza de la que elimina la caspa y contiene la calvicie, para limpiar la piel de toda clase de granos, barrillos y manchas para lo cual se deja secar el jabón sobre la parte afectada.

Las aguas ante la ciencia

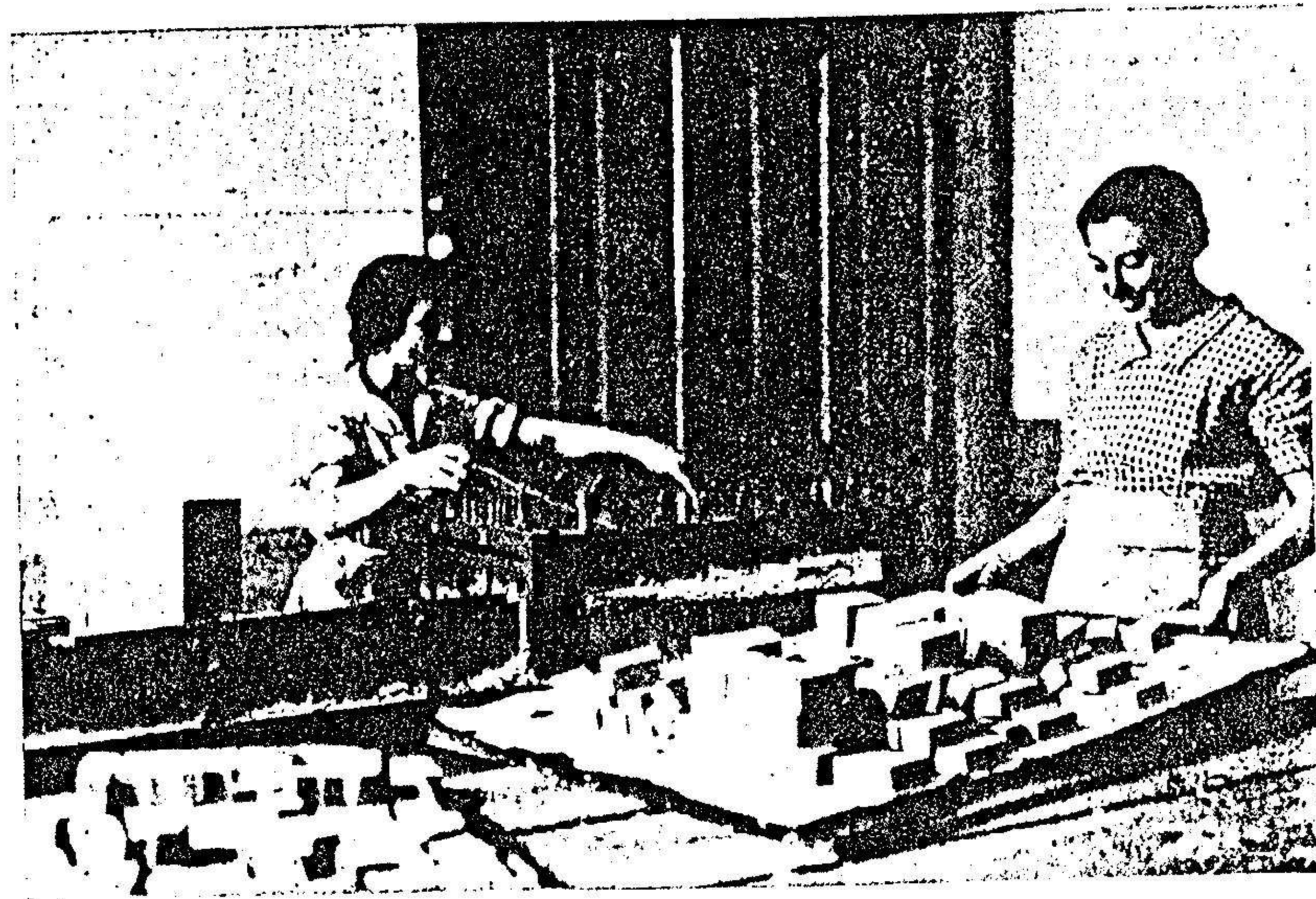
Ultimamente se han realizado una serie de análisis por el catedrático de la Universidad Central Sr. Díaz de Rada para determinar la radioactividad de las aguas y todos con resultados muy notables.

Partiendo de 8 kilos de lodos se obtuvo un concentrado de sal de bario-radio de gran actividad, cincuenta veces más que el óxido verde de urano.

Este concentrado, en pocos momentos impresiona la placa fotográfica y rapidísimamente descarga el electroscopio.

Los barros naturales, tal como se extraen de los pozos, en un espacio de tiempo de 26/30 horas, dejan su impresión en la placa fotográfica.

Así pueden comprenderse las curaciones en rápidas cicatrizaciones de tejidos ulcerados, caries de huesos. etc., que con tanta frecuencia se observan en La Toja.



Estas dos mozas contemplan las pastillas que aun no tienen la forma redondeada con la que se presentan al público

Letanía

Henos aquí con estas notas: el mejor jabón el de LA TOJA. La mejor residencia de verano: el Gran Hotel de LA TOJA.

Las mejores aguas: las de LA TOJA.

Así: La Toja, medicina. La Toja, recreo. La Toja, turismo. La Toja salud, alegría y unos deseos enormes de vivir con unos medios formidables de conseguirlo.

¡Maravillosa punta de esta punta de Europa que es Galicia!

J. G. CUEVA